

CORONAVIRUS: REFLEXIONS ESTRUCTURALS



JAQUE A NUESTROS MODOS DE VIVIR Y CONVIVIR

“Creo que el universo tiene su manera de devolver el equilibrio a las cosas según sus propias leyes, cuando éstas se ven alteradas. Los tiempos que estamos viviendo, llenos de paradojas, dan que pensar...”

F, MORELLI.ROMA ITALIA

En una era en la que el cambio climático está llegando a niveles preocupantes por los desastres naturales que se están sucediendo, a China en primer lugar y a otros tantos países a continuación, se les obliga al bloqueo; la economía se colapsa, pero la contaminación baja de manera considerable. La calidad del aire que respiramos mejora, usamos mascarillas, pero no obstante, seguimos respirando...

En un momento histórico en el que ciertas políticas e ideologías discriminatorias, con fuertes reclamos a un pasado vergonzoso, están resurgiendo en todo el mundo. Aparece un virus que nos hace experimentar que, en un cerrar de ojos, podemos convertirnos en los discriminados, aquellos a los que no se les permite cruzar la frontera, aquellos que transmiten enfermedades. Aún no teniendo ninguna culpa, aún siendo de raza blanca, occidentales y con todo tipo de lujos económicos a nuestro alcance.

En una sociedad que se basa en la productividad y el consumo, en la que todos corremos 14 horas al día persiguiendo no se sabe muy bien qué, sin descanso, sin pausa, de repente se nos impone un parón forzado. Quietecitos, en casa, día tras día. A contar las horas de un tiempo al que le hemos perdido el valor, si acaso éste no se mide en retribución de algún tipo o en dinero. ¿Acaso sabemos todavía cómo usar nuestro tiempo sin un fin específico?

En una época en la que la crianza de los hijos, por razones mayores, se delega a menudo a otras figuras e instituciones, el Coronavirus obliga a cerrar escuelas y nos fuerza a buscar soluciones alternativas, a volver a poner a papá y mamá junto a los propios hijos. Nos obliga a volver a ser familia.

En una dimensión en la que las relaciones interpersonales, la comunicación, la socialización, se realiza en el espacio virtual, de las redes sociales, dándonos la falsa ilusión de cercanía, este virus nos quita la verdadera cercanía, la real: que nadie se toque, se bese, se abraze, todo se debe de hacer a distancia, en la frialdad de la ausencia de contacto. ¿Cuánto hemos dado por descontado estos gestos y su significado?

En una fase social en la que pensar en uno mismo se ha vuelto la norma, este virus nos manda un mensaje claro: la única manera de salir de ésta es hacer piña, hacer resurgir en nosotros el sentimiento de ayuda al prójimo, de pertenencia a un colectivo, de ser parte de algo mayor sobre lo que ser responsables y que ello a su vez se responsabilice para con nosotros. La corresponsabilidad: sentir que de tus acciones depende la suerte de los que te rodean, y que tú dependes de ellos.

Dejemos de buscar culpables o de preguntarnos por qué ha pasado esto, y empecemos a pensar en qué podemos aprender de todos ello. Todos tenemos mucho sobre lo que reflexionar y esforzarnos. Con el universo y sus leyes parece que la humanidad ya esté bastante en deuda y que nos lo está viniendo a explicar esta epidemia, a caro precio.

EL GRAN MALESTAR SACUDE EL MUNDO

Siete claves para entender a los que protestan (sin mirar a nadie por encima del hombro)

EMILIO LAMO DE ESPINOSA 1 MAR 2020

La revuelta estalla por todas partes. Comenzó quizás aquí, en España, con los indignados. Continúo en Grecia, siguió con el Brexit y la elección de Trump. Pasó luego a Francia (y continúa) y a Italia (y continúa). Antes, con las primaveras árabes o las revoluciones de color. Ahora, en Hong Kong y Argel, y corre como un incendio arrasando América Latina. Cuando hay elecciones, más que apoyar a la oposición, se castiga al que está en el poder. Con frecuencia salen parlamentos “colgados” o se hacen pactos contra natura (como en Italia), o jerigonzas, o Gobiernos Frankenstein. Algunos dicen que es el capitalismo y la economía de mercado. Otros hablan de crisis de la democracia representativa. Se asegura que el Consenso de Pekín (capitalismo de Estado plus dictadura) sustituye al de Washington. Datos recientes acreditan que así como la movilización política crece en todas partes, la democracia se deteriora significativamente. ¿Qué pasa?

Por supuesto, muchas cosas, y cada historia es singular, pero, como muchos otros, creo que cabe buscar algún hilo común. Lo intentaré, aunque me centraré en los países desarrollados y el nuevo populismo.

La explicación más sencilla (porque es a la que estamos acostumbrados) es la económica. Al fin y al cabo, todos somos marxistas, aunque no lo sepamos: las causas del malestar deben estar en la “infraestructura”, es decir, el desempleo, el precariado, la pobreza. Y sin duda tienen razón, aunque no sabemos bien cuánta. Pues creo que nos pasamos de explicaciones materialistas. ETA no tuvo causas económicas; tampoco el yihadismo, ni el separatismo catalán, ni las revoluciones de colores (en el bloque exsoviético). Menospreciamos la fuerza de las ideologías, los nacionalismos, las religiones, la xenofobia, incluso la fuerza de la libertad. Y no hay correlación clara entre crisis económica y protesta social; basta ver los datos. No me detendré en ello, pero sí intentaré un análisis más complejo, aunque, como Marx (esta vez Groucho), me reservo el derecho de cambiar de opinión y hacer otro análisis si cambian los datos (y lo hacen casi siempre).

1

Creo que la primera variable a considerar es la globalización misma, un fenómeno imparables y acelerado. Pues bien, todo lo que une separa. Si (por ejemplo) llevo a cabo una investigación con un equipo de Berlín y otro de Los Ángeles, dejo de charlar con mi compañero de la universidad. Lo que

me une a lo lejano me separa de lo próximo. La globalización ha unido el mundo (al menos ciertos mundos), pero al tiempo lo ha separado internamente. Y si levantamos el filtro cognitivo de la serie de 193 Estados a través del cual percibimos el mundo, lo que aflora por debajo es una red de redes metropolitanas, de grandes ciudades globales, que son hoy la estructura profunda y generan más del 80% del PIB mundial (por cierto, casi todas en la cercanía de las costas; la España vacía no es una excepción). Redes que se unen por encima de las naciones, pero también las separan por dentro.

2

No hace falta leer las 1.200 páginas del nuevo libro de Piketty para saber que la consecuencia es que las sociedades nacionales se dualizan, dividiéndose entre una minoría urbana conectada en cadenas de producción y de información transnacionales y los demás, los left behind, los abandonados. De una parte, una élite cosmopolita, metropolitana, que habla idiomas, es políticamente correcta, tiene buena educación y buenos salarios, y le es igual trabajar en Madrid, Londres o Singapur. Y de otra, los territorializados, sin estudios, con malos y precarios empleos en sectores en decadencia, políticamente incorrectos, frecuentemente rurales, en todo caso marginales, outsiders a la red mundial. En muchos sitios la escisión es además entre “blancos” y nativos, indígenas, una escisión étnica. Y en alguna medida, también de género, y se feminiza (e infantiliza) la pobreza.

Esta escisión, casi universal (como la globalización que la produce, y como muestra Piketty y avala Milanovic), tiene al menos dos consecuencias: una económica, y otra cultural/identitaria, tan importante, si no más, como la anterior.

3

La consecuencia económica es que es cada vez más difícil saltar del sector territorializado al globalizado, y se ha averiado el ascensor social; eso es la dualización. Puede que haya aumentado la desigualdad social. O no. Depende de los países y de que se mida en renta o en patrimonio, antes o después de impuestos. Y desde luego ha disminuido en el mundo en su conjunto. Incluso puede que no haya aumentado la pobreza absoluta (tampoco lo ha hecho en el mundo). Pero sí lo hace la relativa. Y quienes tenían claras expectativas de mejora, hoy las ven amenazadas. La pobreza o la desigualdad tradicional se soporta; así son las cosas, y así han sido siempre. Lo que no se soporta es la frustración de expectativas. Hace años, el talento disponible era muy inferior al talento demandado y el ascensor funcionaba; hoy ocurre, en buena medida, al contrario y la Universidad ya no garantiza nada. Si unos cuantos han conseguido prosperar, puedo esperar mi turno pacientemente, como ocurre, por ejemplo, en China. Pero si después de pasar horas en la cola se cierra la ventanilla, la frustración es enorme. Es lo que Albert Hirschman llamaba el “efecto túnel”: ¿por qué la cola de al lado camina y la mía esta parada?

4

Pero las consecuencias económicas se doblan de resentimiento social, lo que nos lleva a la dimensión identitaria y cultural (que el neomarxista Piketty menosprecia). Pues los globalizados se desnacionalizan (y desestatalizan), pero los abandonados siguen en sus viejos marcos nacionales de referencia y se sienten (casi siempre con razón) menospreciados por la élite ilustrada, cosmopolita y (además) rica, que los considera ignorantes y atrasados, “paletos”, a los que mira por encima del hombro. El “supremacismo” moral de las urbanas élites cultas (supuestamente meritocráticas y siempre white collar) estigmatiza y degrada a los perdedores (casi siempre blue collar), que reaccionan como ocurre siempre en estos casos: afirmándose en aquello que es objeto de rechazo. Y lo políticamente incorrecto deviene su bandera (Trump es el arquetipo).

5

La distinción entre “casta” y “pueblo” recoge malamente ese dualismo, pues ni los ganadores son de derechas ni los perdedores de izquierda; más bien al contrario, pues hemos saltado desde una lógica de clases (materialista) a una lógica de identidades y valores (posmaterialista). Entre los ganadores hay no pocos exitosos jóvenes profesionales o emprendedores, en sectores económicos dinámicos, junto a grandes, medianas (e incluso pequeñas) empresas, que se han lanzado (con éxito) al mercado global. Son ilustrados, urbanos, y muchos votan a formaciones “progresistas”, lo que Piketty llama la gauche brahmane (la nueva “casta”). Y hay también muchos tipos de perdedores: pueden ser aimaras en Bolivia o trabajadores manuales del rust belt (cinturón industrial) de Estados Unidos. O pueden ser vieja clase media funcional o campesinos y ganaderos españoles, hartos de la cultura “progre” de estudiantes urbanos que estigmatiza los toros, la caza o las procesiones de Semana Santa y menosprecia e ignora lo rural. Paradójicamente, lo iliberal es, con frecuencia, una demanda de libertad, pues este nuevo “populismo” es, en buena medida, una reacción contracontracultural, especialmente aguda allí donde la transición moral hacia una sociedad permisiva y posmaterialista ha sido más brusca (es el caso de España), generando profundas diferencias intergeneracionales y sectoriales. Así, esta reacción anticósmopolita y renacionalizadora puede saltar tanto por la izquierda (en Grecia, en Chile), como por la derecha (en Francia, Alemania, Polonia, USA, España), aunque ambos buscan la protección del Estado y viejas fronteras. Kirchner o Corbyn (o Pablo Iglesias) no están tan lejos de Le Pen, Orbán o Salvini (o Abascal).

Por cierto, la emigración es, más que causa, chivo expiatorio para esta renacionalización, pues de nuevo hay escasa correlación (macro) entre presencia foránea y xenofobia (ojo: no en ciudades pequeñas). El neonacionalismo tiene más apoyo en el interior del Reino Unido que en

Londres, en el Middle West americano que en las costas, en la Francia rural lepenista que en las ciudades, en el Ampurdán que en Barcelona.

6

Pero para entender la intensidad y generalidad de las revueltas es inevitable mencionar un par de variables tecnológicas que están cambiando radicalmente el ágora de la política.

En primer lugar, Internet, que permite la transferencia y difusión de tecnologías de vanguardia en la organización de revueltas, desde cómo ingeniar un cóctel molotov hasta cómo hacer frente a la policía. Antes era necesario un aprendizaje local; hoy basta acudir a la web (profunda o superficial) para encontrar todo tipo de manuales. Un aprendizaje global para unas revueltas globales, que se mimetizan. Con escasas consecuencias para los revoltosos, por cierto, pues sistemas legales hipergarantistas les blindan ante cualquier consecuencia negativa. La revuelta se hace a coste cero.

Pero más importante aún son las redes sociales, con tasas de penetración mundiales superiores al 60%. Pues si hubiera que inventar algo para organizar revueltas, inventaríamos las redes sociales, y nada de lo que ocurre tendría la intensidad que tiene sin ellas. Mecanismos fantásticos para organizar protestas, prepararlas, convocarlas y gestionarlas durante su mismo desarrollo, y que permiten agregar todo tipo de descontentos e “indignados”, frecuentemente por causas distintas, incluso contrapuestas. Son “movidas” (hirak, en árabe), a veces incluso performances o -flashmobs, sin liderazgo claro y sin la mínima intención de transformarse ni siquiera en grupos de presión. Pero hete aquí que las mismas redes sociales son espacios totalmente inadecuados para el debate y el diálogo, incapaces de generar acuerdos y consensos. Al contrario, facilitan el insulto, la agresión (de nuevo gratis, sin coste) o la mentira, las fake news, polarizando las audiencias que se refugian en sus burbujas opináticas. Casi en las antípodas de una habermasiana situación ideal de diálogo. No hay espacio (no hay sitio) en ese espacio para pasar de la protesta a la propuesta.

7

De modo que las nuevas tecnologías de la comunicación han facilitado la protesta, pero, al tiempo, han dificultado la propuesta. Pero ¿qué ocurre con las posibles respuestas políticas? ¿No podrían estas acompañarse con las demandas? Aquí encontramos el segundo gran problema, pues hay que añadir otra consecuencia de la globalización, quizá la más importante y la que, sin duda, pone en peligro las democracias representativas. Aludo al hecho de que más y más problemas son ya mundiales, transnacionales, y sólo se pueden abordar globalmente o, al menos, en amplios espacios políticos (como la UE o los grandes países: China, EE UU). La economía, por supuesto, es ya global (más aún en economías abiertas y

exportadoras), como lo son el clima, las emigraciones, la seguridad y el terrorismo, las finanzas, la delincuencia, incluso las enfermedades y las pandemias, como la actual del coronavirus. Y podría seguir. Pero la arquitectura de la política sigue basada en Estados que son soberanos en su territorio, pero incompetentes más allá. Y así, a medida que avanza la globalización y dejamos atrás el clásico mundo westfaliano (nos desestatalizamos), se abre un hiato creciente entre las necesidades de gobernanza mundial para generar bienes públicos y la arquitectura territorializada de la política. Sospecho que el gran problema del siglo XXI no es que haya problemas, siempre los hay; es que no tenemos instrumentos de gobernanza global para gestionarlos.

El gran problema del siglo XXI no es que haya problemas, sino que no tenemos instrumentos de gobernanza global

La consecuencia es que los Estados no pueden hacer frente a las demandas de la población. Si la base de la democracia es “dar cuenta” (accountability), esta ha saltado a un nivel superior, donde no encuentra interlocutores. Por eso la Unión Europea es tan importante, porque es el mecanismo para hacer frente a esos problemas globales. Pero la paradoja es que la UE no es (del todo) una democracia, de modo que tenemos (simplificando) democracias sin capacidad de responder y capacidad de responder sin democracia —y lo mismo se podía decir de la ONU, que tampoco es una democracia, y que ha inventado los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) para generar una cierta gobernanza global—. Y de ahí también la urgencia para que la UE se transforme de verdad en unos Estados Unidos de Europa, que sí podrá gestionar democráticamente los problemas de los ciudadanos europeos.

De modo que son tiempos de “indignados” movilizados y bien organizados, pero de Gobiernos divididos y desorganizados. Tiempos en los que es fácil organizar la protesta, pero difícil y lento preparar la respuesta. Habíamos inventado sistemas de mediación social; los partidos, los sindicatos, las organizaciones empresariales y la negociación colectiva deberían agregar malestar y encontrar vías de solución. Pero los partidos representan a los globalizados, y los sindicatos, al sector público; unos y otros carecen de credibilidad, muchas empresas se han desnacionalizado (paradójico: por eso apoyan el separatismo en Cataluña) y el Estado carece de palancas. No es de sorprender que la política nacional se vuelva simbólica y expresiva, de “postureo” (de bajo coste), pues las identidades y las “narrativas” sí se pueden gestionar localmente (incluso en Teruel). Política “constructivista” y performativa, que cree que puede cambiar el mundo cambiando el lenguaje, mientras la política instrumental (no expresiva) salta de nivel y se decide en la UE o en las redes y mercados globales.

Cuando hablamos de la necesidad de un nuevo contrato social, debemos pensarlo en términos económicos y culturales

Tiempos de cambios, desde luego. Cambios globales, enormes, pues el ascenso de China, la India y otros gigantes no puede no producir convulsiones, singularmente en Europa, que era el 25% de la población mundial hace un siglo y es hoy un 7% (mientras Asia es un 60%). Mundo neowest-faliano pero poseuropeo y, en buena medida, incluso posoccidental. Pero cambios que, a la postre, se manifiestan localmente, cambios “glocales”. No tenemos más remedio que hacerles frente y no será tarea fácil ni rápida. En todo caso, cuando hablamos de la necesidad de un nuevo contrato social que suture la dualización, sospecho que no sólo debemos pensarlo en términos económicos, sino también culturales. Nada nos obliga a ser los primeros de la clase en posmaterialismo. Como siempre, hay que escuchar más, y no solo hablar, hacer más pedagogía política, pero dar menos lecciones a los ciudadanos.

Emilio Lamo de Espinosa. Catedrático emérito de Sociología de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

EL MÓN DESPRÉS DEL CORONAVIRUS

¿El món serà diferent després de la crisi del coronavirus?

JOSEP RAMONEDA.ARA.10032020

1. L'espera. ¿El món serà diferent després de la crisi del coronavirus? És una pregunta que es repeteix aquests dies. Tenim pressa. L'angoixa creix a mesura que es va posant nom a les persones contagiades: ja no són fantasmes, tothom comença a tenir algú conegut, de lluny o de prop, afectat per la malaltia. Ja no és una amenaça que ens arriba per les pantalles, s'ha encarnat entre nosaltres. He pres consciència de la tensió en què vivim al sortir de casa al matí: m'ha alleujat veure gent amunt i avall, com un dia qualsevol, i els carrers plens de cotxes, en contrast amb les imatges de ciutats desertes i estadis buits amb què me n'havia anat a dormir. La idea de confinament s'associa a estances grises i depriments d'espera indefinida com era el purgatori cristià. ¿Una metàfora del món que ve?

¿El món serà diferent? L'única resposta ara mateix és que depèn de quant temps tardi a desaparèixer el coronavirus de les portades. Tots sabem que, quan deixa de ser notícia, el fet més greu desapareix ràpidament de les nostres consciències. Si fos fundada la idea –sobre la qual els científics tenen dubtes– que el coronavirus és estacional com les gripes habituals, amb la pujada de les temperatures vindria una treva. I podríem confiar que l'hivern que ve ja hi hauria una vacuna en curs. Si fos així, si per Pasqua es passés pàgina, segurament que la sotragada econòmica quedaria en un ensurt i les actuals dinàmiques de poder s'imposarien, sense que les lliçons del coronavirus servissin de gaire. És més, podria ser perfectament –de fet la propaganda xinesa sembla que ja està en marxa– que guanyés reputació el despotisme asiàtic i l'autoritarisme cotitzés a l'alça. Premi a la capacitat d'implementar l'excepció.

2. La culpa. I, tanmateix, la crisi del coronavirus ens ha recordat moltes coses sobre la condició humana que sovint preferim oblidar. La primera és evidentment la precarietat de l'espècie, la seva essencial contingència, que per més que “las ciencias adelantan que es una barbaridad”, com deia La verbena de la Paloma, encara estem exposats a abruptes agressions de la naturalesa –sovint motivades per negligències nostres– que ens deixen descol·locats. I no és dolent prendre consciència d'aquesta condició quan encara hi ha qui, des de la supèrbia de l'estupidesa, nega evidències com el canvi climàtic.

Ens confirma també el que la literatura, amb la seva visió distòpica del futur, fa temps que ens adverteix: que en l'horitzó no hi ha l'emancipació personal i col·lectiva sinó uns poders –reforçats per imponents pròtesis tecnològiques– que pretenen formatar-nos a conveniència. I ens ratifica en la vulnerabilitat de les persones a la por i en la rapidesa amb què es transforma en angoixa i en pànic, malgrat que les enquestes demostren una certa voluntat de resistència a les alarmes, amb ganes d'intentar seguir al màxim possible en la normalitat, encara que sigui al preu de buscar la tranquil·litat en absurdes teories conspiratives.

Tanmateix la corba de l'epidèmia mana. I arriba un moment en què els governs –fins i tot els que han estat més prudents, com l'alemany, l'espanyol i el català– se senten obligats a fer passos cap a les mesures d'excepció. I aquestes mesures porten inscrita la culpabilització de la ciutadania. ¿Som culpables de la contaminació dels altres? ¿Si miro de fer vida normal tinc un comportament irresponsable i insolidari? Entrem per aquesta via en una espiral realment perillosa, perquè no fa més que agreujar la inseguretat i l'angoixa i, per tant, no és la millor manera de rearmar-se per al dia després. La por perdona els excessos del poder. Quan tot s'hagi oblidat, el que hauria de ser imperatiu és treure'n lliçons elementals per a la governança del món. I em temo que el màxim que veurem és una certa recomposició de les relacions de forces i no forçosament en favor de la llibertat.